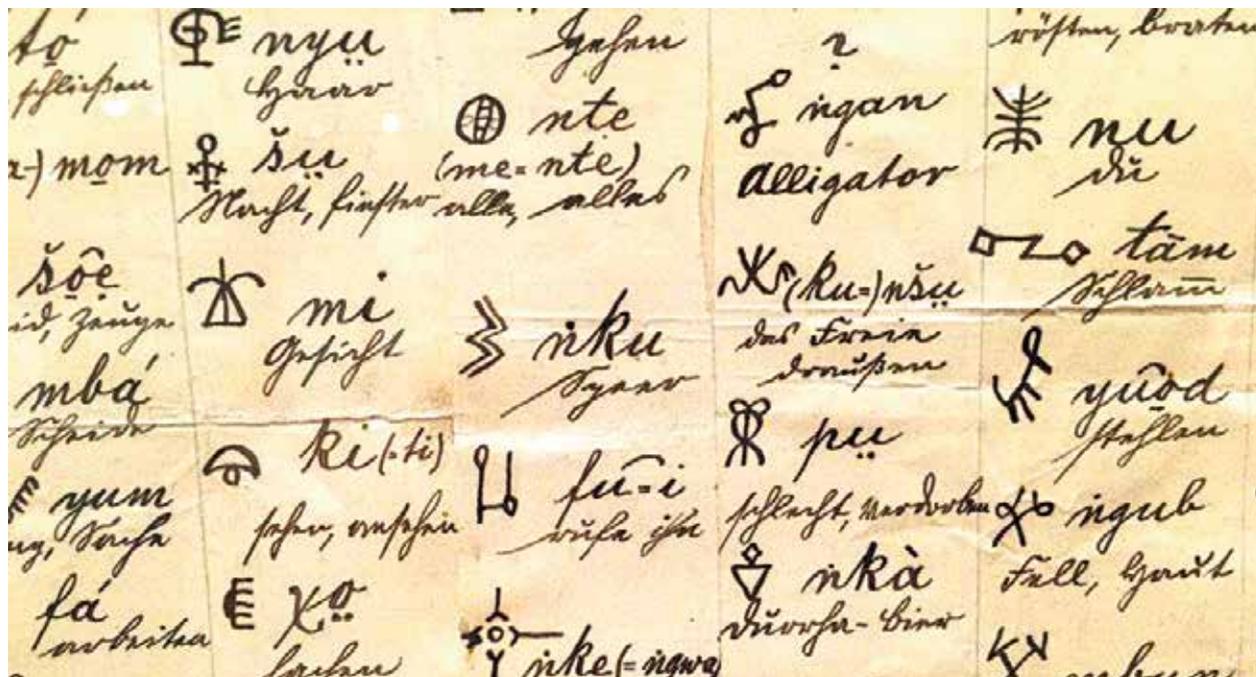


ESLABÓN 10: SIGNOS Y TRAZOS EN ÁFRICA

Edgardo Civalero*



Adam Tajir era un maestro de escuela.

Pertenecía al pueblo Beria, también conocido como Zaghawa, habitante de las resacas tierras de Darfur, al oeste de Sudán y al este de Chad. En la década de los 50 del siglo pasado, a Adam se le ocurrió reunir todas las marcas de herrar ganado -sobre todo camellos- empleadas por los distintos clanes que componían su pueblo para identificar a sus animales. Con ellas creó un alfabeto con el cual escribir su lengua, el beria.

Así nació el *beria giray erfe*, “marcas para escribir el beria”, también llamado “alfabeto del camello”, el cual demostró ser muy popular entre la comunidad de hablantes y escritores de beria. Aún hoy se siguen publicando libros que utilizan el *beria giray erfe*, como volúmenes de cuentos tradicionales y materiales de educación básica.

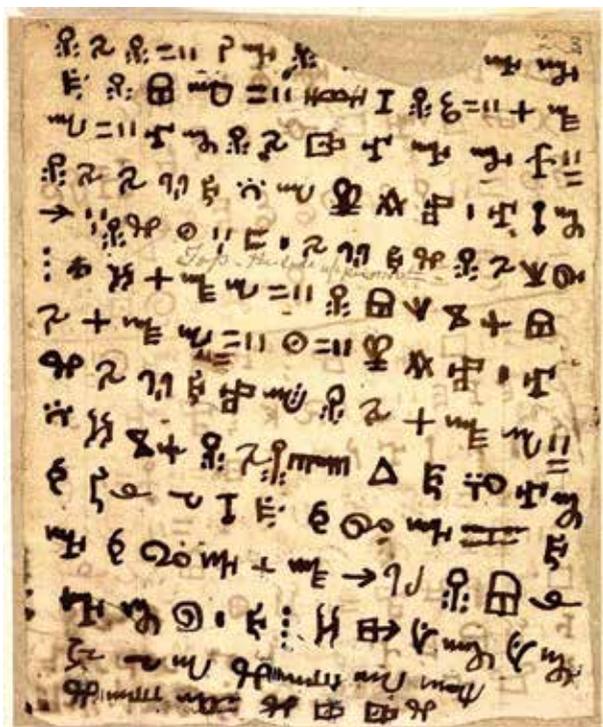
La historia de la invención de alfabetos en África es larga. Y muy compleja: tanto como el panorama lingüístico y étnico del continente. Buena parte de las sociedades indígenas africanas fueron ajenas a la escritura hasta la llegada del islam (al norte del ecuador) y de los misioneros

cristianos (al sur de dicha línea). Las escrituras árabe y latina formaron parte de las herramientas de captación de fieles de ambas religiones: la primera se enseñaba (y se sigue enseñando) en las *madrasas* o escuelas coránicas; la segunda fue la empleada para traducir los evangelios a las distintas lenguas locales. Para muchos de esos grupos humanos, el Corán o la Biblia fueron su primer contacto con la palabra escrita.

El alfabeto árabe enseñado en las *madrasas* terminó utilizándose para escribir distintos idiomas africanos, muchos de los cuales se vieron aprisionados en un molde que no les venía bien. Otro tanto ocurrió con las transcripciones que los evangelizadores cristianos hicieron de las hablas de los pueblos con los que trabajaron: para adaptarlas a las posibilidades del alfabeto latino tuvieron que deformarlas, llenando la escritura de diacríticos, signos extraños y combinaciones imposibles, o simplificándolas hasta cercenar muchas de sus características principales.

Los hablantes no tardaron en darse cuenta de que los sistemas de escritura que usaban para graficar sus idiomas reflejaban poco y mal la naturaleza de los sonidos que pronunciaban.

En ocasiones tuvieron que reducir o ampliar el número de marcas y grafías especiales. En otras, sin embargo, decidieron dejar de lado alfabetos que, a la postre, no eran sino imposiciones foráneas, y crear una serie propia de signos diseñados *ex profeso* para reflejar correctamente sus palabras.



Dentro de esta última categoría se enmarca el trabajo de Momolu Duwalu Bukele, un hombre de Jondu, en el actual condado de Grand Cape Mount, Liberia. Entre 1819 y 1833 creó un silabario para su lengua, el vai, que en la actualidad es una de las escrituras nativas más exitosas de África occidental en términos de número de usuarios y de literatura impresa. Originalmente el silabario era imperfecto, pues no representaba todas las sílabas posibles en el vai. En la década de los 60 del siglo pasado, profesores de la Universidad de Liberia corrigieron ese problema, agregando puntos o marcas a algunos de los signos ya utilizados para, de esa forma, crear símbolos nuevos.

Tras la creación de la escritura, Bukele y sus seguidores abrieron una escuela en Jondu para enseñarla; pronto aparecieron instituciones similares en Bandakoplo, Mala y otras poblaciones, aunque su vida fue corta, pues fueron destruidas por guerras interétnicas. Varias figuras prominentes del pueblo Vai fueron ocupándose de la preservación y difusión del silabario hasta que la Universidad de Liberia se hizo cargo de él.

El alfabeto n'ko es otro de los sistemas de escritura que fueron bien recibidos y hoy se encuentran ampliamente difundidos. Inventado por Solomana Kante en 1949, es utilizado para escribir algunas lenguas de la familia mandinga de África occidental (para otras, como la variante del mandinka de Gambia y Senegal, se usa una adaptación del alfabeto árabe). Su nombre, que significa "yo digo", define tanto al alfabeto como al idioma literario, una suerte de *koiné* local.

Kante creó el alfabeto como respuesta a la generalizada creencia -establecida durante la etapa colonial y tristemente mantenida hasta tiempos recientes- de que los africanos no poseían cultura de ningún tipo. Se usó por primera vez en Kankan (Guinea) para escribir la lengua maninka o malinké. El alfabeto fue una herramienta fundamental para darle forma a la identidad cultural del pueblo Maninka en Guinea, y ayudó a reforzar la identidad cultural de otras sociedades vecinas en el oeste africano.

En la actualidad el alfabeto n'ko sigue siendo usado en Guinea por los hablantes de maninka, y es empleado en Costa de Marfil para escribir el dyula. Asimismo, hay una comunidad de hablantes de bambara en Mali que lo está utilizando, y se ha documentado su empleo en Benín y Nigeria para redactar textos religiosos en yoruba y fon, miembros de familias lingüísticas diferentes. El n'ko aparece en publicaciones de todo tipo, incluyendo el Corán, libros de texto escolares y periódicos. Curiosamente, para asuntos oficiales se utiliza el alfabeto latino.

Algunas escrituras llaman la atención por su complejidad y la extraña belleza de su diseño. Es el caso del alfabeto mandombe, que agrupa sus letras en bloques silábicos (como ocurre con el *hangul* coreano). El mandombe -término que significa "para la gente negra"- fue creado por Wabeladio Payi en 1978 en Mbanza-Ngungu, al suroeste de la actual República Democrática del Congo. Payi justificó su invención indicando que el alfabeto le había sido revelado en un sueño por Simon Kimbangu, el profeta de la Iglesia Kimbanguista. Junto a las escrituras vai y n'ko, es una de las más utilizadas en África, especialmente por instituciones kimbanguistas, que la emplean para escribir las cuatro lenguas nacionales del Congo: kikongo, lingala, chiluba y swahili.

Si bien ya no se utiliza, la escritura bamum o shü-mom, inventada por el rey Njoya de

Camerún en el siglo XIX, estuvo muy extendida y permitió escribir numerosos documentos que aún se conservan. Nació en 1896 como un sistema pictográfico llamado *lewa*: una mera ayuda mnemónica de 500-600 glifos. Al revisar el sistema, Njoya introdujo algunos logogramas o “palabras-símbolo”; para cuando alcanzó la sexta versión, llamada *a ka u ku*, se había convertido en un semi-silabario de 80 glifos. En 1918 se perfeccionó aún más (*mfemfe*), y se fundieron tipos de cobre para su impresión. El sistema bamum cayó en desuso cuando Njoya marchó al exilio en 1931. Desde 2007 se lo intenta revivir a través de sitios web que rescatan más de 7000 textos recolectados por el *Bamum Scripts and Archives Preservation Project*.

Algunas propuestas avanzan muy lentamente, afianzándose. Es el caso del alfabeto *mwangwego*, creado por el lingüista Nolence Mwangwego para las lenguas de Malawi (*chichewa*, *tonga* y *nyakyusa*), desarrollado en 1977 y mejorado en 1997, y que va extendiéndose con paso seguro: su fundador lleva promoviendo su uso en charlas públicas desde 2003, y para 2007 había logrado formar un club de usuarios con más de 10.000 miembros. O el del *ditema tsa*

dinoko o *isibheqe sohlamvu*, un silabario basado en el arte mural sudafricano *litema* o *ditema*, y empleado para escribir sotho y otras lenguas bantúes meridionales (como el zulú, el xhosa o el nedebele). Un subconjunto del *ditema tsa* *dinoko*, el *sintu*, se usa específicamente para escribir las lenguas de la familia *nguni*. A estos dos se suma el alfabeto *luo*, inventado por Kefa Ombewa en 2009 y presentado en 2014. Desarrollado para escribir lenguas del grupo *luo* de Kenia (específicamente el *dholuo*), se escribe de izquierda a derecha y cuenta con 33 letras.

Para cerrar este listado incompleto, jalonado de pequeñas historias, es preciso mencionar el alfabeto *adlam*, fruto del trabajo de dos hermanos adolescentes, Ibrahima y Abdoulaye Barry. Pensado para la lengua *fulani*, fue presentado a finales de los 80, y hoy se lo utiliza en Guinea, Nigeria, Liberia y áreas vecinas, en donde parece ser bastante popular. El nombre, *adlam*, es el acrónimo de una frase que sintetiza, en sí misma, el espíritu que reside tras la invención de todos estos alfabetos y silabarios: *Alkule dandayde leñol mulugol*.

“El alfabeto que protege a los pueblos de la desaparición”.

Bibliografía

GREGERSEN, Edgar A. (1977). *Language in Africa. An Introductory Survey*. New York: Gordon and Breach.

MOHAMMAD, A.A.; Garri, D.S.A.; Mugaddam, A.R.H. (s.f.). *Language policy, displacement and education in South Darfur: a case study*. [En línea]. <http://khartoumspace.uofk.edu/bitstream/handle/123456789/5135/Language%20policy%2C%20displacement%20and%20education.pdf>

OLUKOJU, Ayodeji (2006). *Culture and Customs of Liberia*. Westport (CO) y Londres: Greenwood Press.

UNSETH, Peter (2011). “Invention of Scripts in West Africa for Ethnic Revitalization”. En Fishman, Joshua A.; García, Ofelia (eds.). *Handbook of Language and Ethnic Diversity*. Vol. II. Oxford: University Press, pp. 23-32.

WHITE OYLER, Dianne (2005). *The History of the N’ko Alphabet and its Role in Mande Transnational Identity*. Cherry Hill (NJ): Africana Homestead Legacy publishers.

Ilustraciones

Imagen 1. Manuscrito en vai, ca. 1849. <http://cdn.20m.es/img2/recortes/2015/12/22/253846-944-1126.jpg>

Imagen 2. Manuscrito en bamum, ca. 1910. <https://pbs.twimg.com/media/C8-wrbAXsAErasV.jpg>

Recepción: 17 de octubre de 2017

Aprobación: 24 de noviembre de 2017

Publicación: Diciembre de 2017